

CAPÍTULO SÉPTIMO

COMENTARIO DE CANTAR DE LOS CANTARES

San Juan de la Cruz, para algunos expositores bíblicos sin prejuicios, está considerado como un teólogo del siglo XXI, porque hace observaciones sobre el Cantar de los Cantares que la investigación teológica actual aún no se ha atrevido a resaltar. Las apunta de una forma sencilla y a la vez profunda, en el corazón de alguna de sus composiciones poéticas. Hablando de *la Encarnación*, asevera que Dios se hace (gr-*egeneto*: llega a ser) hombre “*para que los hombres puedan llegar a ser dioses*”. Pero para realizar esta afirmación, que gravita en la mente de muchas personas, hay que tener una fe profunda y una infraestructura espiritual muy sólida que la sustente. El mismo pensamiento se gestaba, a nivel noético, en Fray Luis de León, pero nunca se atrevió a manifestarlo de manera tan clara y abierta. Lo que si afirmaba Fray Luis es que **jamás conoció a nadie con la autoridad y profundidad en el campo de la exégesis y hermenéutica cristiana como San Juan de la Cruz**. Abarcando su afirmación, a dieciséis siglos de historia, incluidos todos los grandes maestros y doctores que la Iglesia había tenido durante ese periodo de tiempo.

Teniendo en cuenta las cuestiones claves del capítulo anterior, se plantean estos interrogantes: ¿Será **una casualidad** que los creyentes que formaron parte de los llamados **místicos** –que habían renunciado a una manera de vivir **normal** como los demás seres humanos– creyentes o incrédulos, escogiesen el libro de Cantares para que a través de su lectura, estudio y la introyección de sus contenidos pudie-

sen llegar a alcanzar **una realización espiritual** que colmaba todos sus **deseos de eternidad** (o de la vivencia trascendente del tiempo indefinido), **demandados desde lo más profundo de su corazón?** Creo que no, creo que no se dan *casualidades en el ámbito de lo trascendente, sino causalidades*. Fijémonos en Orígenes, el padre de la interpretación alegórica. Este padre de la Iglesia realiza una interpretación **histórica, alegórica y mística** de Cantares. Se trata de una persona convertida a los 18 años. Siendo muy joven, Orígenes se castra, al aplicarse literalmente un texto del Nuevo Testamento que dice: “*y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos*” (Jesús de Nazaret) ¿Qué supone la castración? Renunciar **a la realización sexual**, tanto en el sentido de la *procreación* como en el de satisfacer las demandas de **la realización del principio del placer**. Esta acción la realiza un hombre profundamente inteligente. Su comentario del Cantar de los Cantares está considerado como su obra más valiosa; es aquí donde despliega su dimensión más mística.

Pasemos a comentar algo sobre la vida de Teresa de Jesús. Teresa de Jesús pasó una segunda infancia y una juventud bastante “movida” por su conducta un tanto inadecuada para las costumbres de su familia y de su tiempo. Es por esta razón que sus padres la encierran en un Colegio de monjas, en contra de sus sentimientos volitivos. Pero en un momento determinado de su devenir existencial, *algo ocurre en su vida* que la inclina a “*vivir según las demandas más profundas y trascendentes de su corazón y no según sus apetitos más epitémicos (concupiscentes) que todo ser guarda en lo más recóndito de su alma*”. Buscando la etiología de sus cambios de carácter y de conducta, nos encontramos que la Biblia es el agente responsable de la nueva manera de vivir su vida. Dentro del marco de la Revelación bíblica, el libro que más la impresiona, la conmueve y la inspira, es el *Cantar de los Cantares*.

San Juan de la Cruz y Fray Luis de León buscan un sentido a sus vidas, sumergiéndose en las aguas y corrientes profundas del Cantar por excelencia para encontrar una satisfacción al deseo de eternizarse que realiza una demanda acuciante desde la centralidad trascendente de su ser.

Y mi pensamiento es: *¿no será que acuden al libro de Cantares para satisfacer in-*

conscientemente su deseo de eternidad y poner en funcionamiento la sublimación del instinto sexual reprimido, y así liberarse de la angustia existencial que todo ser experimenta ante la realidad insoslayable de la muerte? No estoy afirmando nada, solo haciendo una propuesta hermenéutica como se podría interpretar desde el punto de vista de la psicología profunda de naturaleza psicoanalítica.

Los seres humanos se definen como personas en función de su sexualidad. Y ésta empieza a estructurarse en el vientre materno. Las tendencias instintivas empiezan a gestarse a nivel embrionario y fetal; es decir, **a nivel inconsciente.** Entre los instintos mas poderosos se encuentra **el instinto de la vida** (gr- eros), el instinto de la muerte (gr- tanatos) y **el instinto sexual.** Este último instinto estaría al servicio del instinto de la vida, de la pervivencia de la especie y del placer. Se han realizado estudios muy serios en el campo psicoanalítico sobre las diversas **fases** evolutivas de la sexualidad humana

Todas las tendencias instintivas tienden a conseguir su realización. En el caso del instinto sexual, devenirse hedonísticamente y en consecuencia, gratificar al principio del placer. La realización de todas las tendencias instintivas está supervisada por el super-yo (conciencia ética o moral). Cuando una tendencia instintiva irrumpe en el campo de la conciencia, puede ser admitida o rechazada. Cuando a alguna tendencia instintiva se la rechaza para resolver el conflicto que se genera en el campo yoico, el super-yo (conciencia del bien y del mal) **la reprime y ésta vuelve al estrato inconsciente de la esfera de nuestra intimidad.** Existen diversos mecanismos de defensa frente a la angustia. Entre todos ellos, el que consigue reconciliar el “Yo” con el “Ello” (id o inconsciente) **es la sublimación.** Mecanismos de defensa como la negación, la proyección o la represión, no consiguen superar **la angustia** y alcanzar un funcionamiento homeostático de la personalidad. Sin embargo, cuando se sublima, se dispone de una gran capacidad para superar muchas situaciones que constituyen la infraestructura de la angustia que padecemos la mayoría de los seres humanos. Por otro lado, los sueños y sus contenidos son la expresión clara de realidades que viven en el estrato más profundo de nuestro corazón. Los sueños sacan a la luz onírica todo el conjunto de complejos

reprimidos en los ámbitos más inaccesibles de nuestro ser.

Se han realizado estudios rigurosos sobre los tipos de **personalidad de los místicos/as**. En general, se ha afirmado que eran **personalidades patológicas de naturaleza neurótica**. Como especialista en Psiquiatría, con una formación psicoterapéutica de tipo psicoanalítico, no puedo aceptar esta interpretación. Creo que las místicas y místicos no eran enfermos mentales, sino personalidades con una gran sensibilidad ante la condición humana y una capacidad excepcional para admitir **que lo que contamina al hombre** (término genérico), **sale del corazón del hombre**. Freud no tenía razón cuando argumentaba que el hecho religioso era UNA GRAN NEUROSIS COLECTIVA que afectaba a la mayoría de los seres humanos. Cuando fracasan los mecanismos de defensa normales (represión, proyección, cambio del centro de gravedad, identificación, sublimación) entra en juego los mecanismos de defensa *psicopatológicos* (trastornos de la personalidad, neurosis, psicosis, alteraciones de la psicosexualidad, síndromes depresivos, síndromes maníacos, etc.). **En los místicos/as no encontramos alteraciones psicopatológicas que sean la expresión de una enfermedad mental**. Lo que si encontramos es una vivencia de la realidad intrapsíquica y entornante diferente al resto de creyentes cristianos. Intentaron sondear las profundidades de la esfera de la intimidad y encontraron esculpido en su corazón la realidad patente del mismo SER SUPERIOR que llamamos DIOS. Así llegaron a la unión mística con la Divinidad, a la manera de la experiencia del apóstol Pablo, que escribiendo a los Gálatas, les decía: *“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo más vive Cristo en mi; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó así mismo por mi”* (Gal 2: 20). En el siglo XX, el gran teólogo y pensador Dietrich Bonhoeffer, llegaría a la misma conclusión; hablando de la relación del alma con Dios, escribía: *“Dios está ahí (en el alma) y mucho más allá de ella”*.